

Permanencias: las extraescolares del siglo XX.

Por Máximo Fraile Escrich

Todos los que estéis leyendo este artículo y hayáis estudiado en colegio de ciudad o tengáis a los hijos estudiando ahora, o si sois jóvenes aun en el colegio, conocéis lo que son las actividades extraescolares: las actividades que se programan por los colegios desde deportivas, a musicales, pasando por las de idiomas en las horas del mediodía o al acabar la jornada por la tarde.

Pues bien, durante el siglo XX en las escuelas españolas, y en la escuela de Villanueva, también había actividades extraescolares, solo que en aquellos años se denominaban permanencias. Aunque en una búsqueda inicial en google no me aparecía la afección que tienen aquí, en una segunda, si me aparece esta definición como tercera entrada del diccionario: "Estudio después de clase vigilado por un profesor en un instituto o escuela".

Las actividades extraescolares son voluntarias y pagadas, las permanencias, también lo eran. Pero como me comentaba una veterana directora de un colegio de Alfaro, el año pasado cuando preguntaba para documentar la difusión que habían tenido las permanencias, icon qué cara miraban los maestros a aquellos que no se quedaban a las permanencias! Y es que en aquellos años, saliendo de una gran crisis en 1959, con un riguroso plan de estabilización nacional, y con un gran y amplio periodo de escasez y malos sueldos tras la guerra civil, el dinero de las permanencias era un bonito complemento al sueldo oficial, como recordaba mi prima Mari Carmen de su etapa de maestra en Tarrasa, ¡con clases de más de 40 alumnos! Y aprendían como ahora con 25.

Una vez explicado el origen de las permanencias, os hago llegar mis recuerdos de las mismas en la década de los años 60: como dice la definición eran una hora, de 5 a 6 de la tarde, en que el profesor ayudaba a hacer las tareas que había puesto



para casa, explicando las dudas. Pero en aquellos años, en la escuela, cambiábamos de maestro más que los clubes de baloncesto de americanos, o que los equipos de futbol de entrenador cuando van de los últimos. Y ese cambio continuo de maestros hizo que cada uno dejase su impronta por aquello de que cada maestrillo tiene su librillo: los hubo que seguían la máxima de la letra con sangre entra, y los reglazos con la mano extendida cuando no te sabias algo eran un buen ejemplo de ello. Pero también recuerdo otro, cuya máxima debía de ser, la letra con hambre entra, pues recuerdo como si lo estuviese viendo ahora a algún encerrado en la clase sin comer por no saberse las tablas de multiplicar, asomándose a la ventana a ver si les echábamos algo. Lo recuerdo desde abajo, o sea que yo me las había sabido. Y es que para las tablas de multiplicar tuve estímulos positivos: mi padre me daba un duro por

cada número que me supiese la tabla de multiplicar. Pero volviendo a otra actividad extraescolar que nos hizo practicar, en esta si recuerdo haberla hecho, el maestro de la letra con hambre entra, estaba el barrer la clase al finalizar el día si no te habías sabido algo; la leña para la estufa no recuerdo que dinámica seguíamos para subirla a la clase.

Uno de los maestros que pasaron por mis cinco años de escolarización en Villanueva, dio la casualidad que era de Soria, y en esos años (entre 5 y 10 años tendría yo) uno de mis tacos favorito y mas repetido era "me cago en Soria", evidentemente a la semana de llegar el maestro y tras un "como te vuelvas a cagar en Soria te cruzo la cara", mi latiguillo había desaparecido.

De la práctica totalidad de los maestros guardo un grato recuerdo, aunque solo recuerdo el nombre de un par de ellos, D. Javier, el de Soria, y D. Felipe, que preguntaba lo que queríamos hacer cuando ya habíamos hecho las tareas pendientes. Sin embargo, hubo un maestro cuyo nombre no recuerdo y del que tengo un mal recuerdo, pues si las permanencias siempre eran buenas, ayudaban a aprender y hacer las cosas del día, no me preguntéis ni como, ni porque, con aquel buen hombre la cosa no debía ir bien, o mejor, iba tan mal, que un mocoso como yo (entre los 5 y los 10 años), en lo que yo recuerdo, con Javi Fernández (el de Pura) comenzamos a decir que las permanencias no servían para nada. De como acabó Javi, no me acuerdo, de como acabé yo si: sangrando de la nariz y con mi tía Concha pidiéndole cuentas al maestro por hacerme sangrar. Mi madre estaba por Logroño con mis hermanas y mi padre por las cortas de leña por Villoslada o Vinuesa, así que fue mi tía la que fue a pararle los pies al buen maestro.

A los 10 años me bajaron a Logroño a hacer primero de bachiller previa una prueba de nivel en la que otro que andaba en las mismas por los pasillos del colegio, me acogió bastante, pues en Villanueva de idiomas nada, en Logroño iba a tener francés y el listillo ya presumía de saberse el ave maría en francés, que supongo a los curas les parecería fenomenal. La prueba de nivel salió bien, o sea que en la escuela se nos preparaba bien, seguro que gracias a las permanencias.

Y para ir acabando, recordar que también en Logroño, y entre los curas, había seguidores de la letra con sangre entra, Miguel Ángel Gómez recordara las tortas que soltaba el “tablón” y recuerdo un partida de ping pong de otro cura, golpe va con una mano a una cara, y golpe va a la otra cara con la otra mano, por simular con la lengua entre dos el ruido de las pelotas al golpear mientras él no estaba en clase, les hizo el ping pong con sus caras, aunque por la fuerza de los tortazos mejor debería haber dicho partida de tenis, o al menos de padel.

De la letra con sangre, o con hambre entra, pasamos a aprender jugando, y a dejar pasar de curso con 4 asignaturas suspendidas y sin dar importancia y relevancia al esfuerzo que todo proceso de aprendizaje lleva. Dejo para los maestros en activo y jubilados el que en otro momento nos comenten su visión de los cambios producidos, no ya solo en los alumnos, sino también en los padres respecto al papel de estos en la educación de los hijos.